

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

31 de octubre de 1839.

ESTUDIO DE MATEMÁTICAS.

ARTICULO III Y ÚLTIMO.

El entendimiento se apoya mejor en la razon que en el dictámen de los sentidos, porque los objetos susceptibles de combinacion, los que dependen mas del raciocinio que de la experiencia, son menos dificiles de profundizar. La ciencia del análisis, el arte de las combinaciones, la teoria de las figuras rectilíneas y curvilíneas &c. llegaron al cabo de su objeto cuando la física aun estaba envuelta en misterios. Los primeros matemáticos desde luego fueron grandes geómetras. Tales, Pitágoras, Euclides, Arquímedes y otros dieron pasos gigantescos en la ciencia del cálculo, é hicieron en ella tales adelantos, que serán admirados en la posteridad, mientras que la ciencia de los efectos y de las causas naturales era un cúmulo de impenetrables arcanos, que no se podian esplicar sino por medio de palabras oscuras y de cualidades ocultas.

Desde que floreció en Atenas Tales de Mileto, gefe de la secta jónica, que estudió en el Egipto, esto es, desde que salieron las ciencias esactas del sagrado recinto del templo de Memphis hasta el tiempo de Descartes, casi

en el espacio de dos mil años, las matemáticas se cultivaron en todas las naciones, esparciendo luces y conocimientos útiles á la humanidad, en tanto que los físicos han tenido los ojos vendados y no han hecho mas que divagar y controvertir Aristóteles imaginó una especie de farrago que llamó física y de cuya invencion él mismo se ruborizaba. Su discípulo Theofrasto, que le siguió, desbarró en esta parte como su maestro, pero fué escrupuloso y esacto geómetra. El mismo Renato Descartes, á quien se debe el arte de hacer buen uso de la razon y que penetró íntimamente el corazon del hobre, fué profundo en la geometría, pero débil y visionario en la física: (*) en fin para decirlo de una vez, el mis-

(*) *Lo que mas immortaliza la fama de este grande hombre es la aplicacion que hizo del álgebra á la geometría, llave maestra de las mas profundas investigaciones en las ciencias fisico-matemáticas; sin embargo todo el mundo conoce las ilusiones de su sistema del universo y su opinion sobre el alma de los brutos.*

mo Newton y Leibnitz son mas grandes por sus investigaciones matemáticas que por sus descubrimientos fisicos.

Por estos egemplos se viene en conocimiento que la lógica de la naturaleza no es la del entendimiento humano. Por lo regular no hay mas que un solo medio para manifestar una verdad fisica, pero son abundantes los recursos que tiene la geometría para demostrar las suyas. Los fisicos que trabajan sobre un mismo objeto, van todos por igual camino; pero los matemáticos para hallar una misma verdad se dirigen de diverso modo, y tomando cada cual diverso rumbo, se acercan y se encuentran en un mismo punto.

Todo lo dicho manifiesta la necesidad que tiene la ciencia, de la naturaleza de la ciencia del cálculo. Aquella está cubierta con un misterioso velo que á nadie es dado tocar sino á la mano inteligente de la sabiduria. Llegó el tiempo en que se aplicaron las matemáticas á la fisica, y aquel caos del peripateismo desapareció del mundo como á la presencia del sol se desvanecen las tinieblas, manifestándose á la vista del hombre las grandes maravillas de la creacion. Desde luego este, calculando con número exacto y fijo compas, marcó las enormes distancias de los cielos, siguió á los astros en sus órbitas, descubrió nuevos soles, vió nuevos mundos é inmensas maravillas en la infinita estension de los espacios. El inmortal Copérnico, el famoso Kepler y el divino y portentoso Newton aparecen en el mundo cuando la madre comun de la navegacion y de la geografia se manifiesta en su verdadera forma. El hombre sabe desde entonces el sitio que ocupa en el globo

y en el espacio; se lanza á los mares sobre enormes máquinas, se aleja de las costas del antiguo continente, burla el furor de los vientos y la braveza de las tempestades, halla nuevas regiones en el occidente y en ellas variedades y ricas producciones; se estimula el comercio, se fomentan las artes y se conocen y comunican los pueblos mas remotos. En ellos se establece la cultura europea, se crean grandes colonias y se propaga la industria.

A principios de nuestro siglo la potente dinámica, ciencia del movimiento y de las fuerzas, sacó del olvido las portentosas máquinas de vapor que surcan los mares con increíble velocidad, aplicándose al propio tiempo la misma potencia á los carruages y á un sinnúmero de procedimientos fabriles, industriales y económicos. ¡Gloria eterna y reconocimiento perpétuo al memorable español Blasco de Garay su descubridor, y loor al ingeniero Fulton americano-ingles y Arquímedes de nuestro siglo! El mundo les tributará respetuoso homenaje por haber sido los primeros que pusieron mano á la grande obra que con el tiempo dará al hombre goces y bienes incalculables, que pueden influir sobre manera en la política y civilizacion de todas las naciones de la tierra. (*)

Seríamos demasiado prolijos enumerando hechos de esta naturaleza que por demasiado ciertos y sabidos debemos omitir, pero al menos séanos permitido parar algun tanto la consideracion en las sorprendentes experien-

(*) En uno de los números siguientes daremos una noticia histórica sobre esta clase de máquinas.

cias del microscopio solar que hemos admirado con justa razon en el ex-convento de los Descalzos de esta ciudad, pudiendo asegurar, fiados en la opinion de personas que han visto otros instrumentos de la misma especie, que este es quizá el mejor que se ha construido desde su invencion, que fué en el año de 1740 por el Dr. Liberkun, el cual la comunicó á la real sociedad de Londres.

En las varias exhibiciones que nos ha dado D. Carlos Andorfer, propietario de dicho instrumento, hemos admirado con sumo placer é inesplicable satisfaccion algunas de las innumerables maravillas que la naturaleza esconde en la vida, vegetacion, estructura, movimiento y atraccion molecular de los pequenísimos seres de sus tres reinos. ¡Qué pasmosa la presencia de los insectos! ¡Qué admirable la configuracion, tegido y materia colorante de las mas pequeñas partes de la hoja de una planta que á nuestros ojos es diminuta é invisible! ¡Qué curiosa y digna de profundo estudio la regular cristalización en cada especie de sal y la variedad en sus diversas especies!... Y en fin... ¡qué dignos son estos lugares de respeto!.. Aquí donde la naturaleza confia al hombre sus arcanos, se estasia el filósofo y estudia el naturalista, y todos, reconociendo el milagro de la creacion, veneran respetuosamente al que formó los mundos y los átomos. Estas, verdaderamente sublimes lecciones de moral, que tocan el corazon del hombre bien educado, y que al mismo tiempo presentan sobrados medios para los mas rápidos progresos en las ciencias naturales, no son objeto de vano recreo, son escuelas de meditacion y de sabiduría.

¿Y cómo hubieran podido los hombres llevar á cabo estas empresas gigantescas, ni otras semejantes, como la construccion de los telescopios astronómicos que nos ponen á la vista miles y miles de mundos que nunca viéramos, sino se supieran apreciar los ángulos luminosos, la cantidad de sus convergencias ó divergencias, las distancias de los focos, la mayor ó menor refrangibilidad de los vidrios y otras cosas que constituyen el todo de esta clase de instrumentos? Ya lo hemos dicho, y queda suficientemente demostrada la necesidad de las matemáticas para hacer adelantos en todas las ciencias, y por consiguiente en todas las artes é industrias que de ellas dependen.

Nos resta añadir ahora para conclusion de este artículo que el estudio de las matemáticas purifica tambien nuestras costumbres, puesto que nuestro corazon tiene cierta dependencia de nuestro entendimiento.

Toda ocupacion que fortifica nuestra alma, que la dispone á reflexionar sobre sí misma y la enseña á pensar, es ocupacion de costumbres y es la mas propia para este fin. Nos atrevemos á decir mas: las matemáticas deben ser uno de los primeros estudios del hombre que se ha de formar en costumbres, porque como dijo Melanchton *quia animam preparat et desecat*.

Platon, gefe de la secta académica, puso sobre la puerta de su escuela estas palabras: «Aquí no entra el que no sepa geometría» y Wolffio, en el prólogo del primer tomo de su obra, dijo «¡ojalá que los que gobiernan las naciones y los que rigen la iglesia no consientan adquirir conocimientos de

otra especie á los que no estén ya intruidos en las matemáticas (*nisi mathematica cognitione imbuti.*) La verdad será entonces mas apetecida, y la

virtud iluminada con su antorcha, brillará en todo su esplendor y será reconocida y respetada.

DIEGO GONZALEZ ROBLES.

EL DESGRACIADO.

Luce esplendente el sol y el mundo dora ;

Florida primavera

Vertiendo galas el vergel matiza ,

Y el céfiro que blando se desliza ,

Del alto pino en la cerrada copa ,

Jugando besa las fragantes flores

Esparciendo en el valle sus olores ;

Y al pié sentado de gigante encina

Laméntase un anciano ,

A quien mira el destino airadamente ,

Y al cual procura combatir en vano .

Ora su rostro agítase impaciente ,

Ora píntanse en él terribles dudas ,

Y arrugando convulso la ancha frente

Su barba mesa con las manos rudas .

Mas de improviso, alzando

La diestra al sacro cielo ,

Tal vez para pedirle algun consuelo ,

Lágrimas ardorosas vierte, y dando

Su ronca voz al viento ,

Asi prorrumpe con turbado acento .

Era feliz....! cual cielo de ventura

El mundo se mostrára ante mis ojos ..

Yo ví sus fuentes, sus purpúreas rosas ,

Sus amenos jardines

Salpicados de cándidos jazmines ;

Mas ¡ay! no los abrojos

Que circundaban á las bellas flores....

Solo soñaba dichas... solo amores

Mi incanta juventud; yo me estasiaba

En la vida que tanto me halagaba....

En la vida de amor que me ofrecía

El suelo encantador de Andalucía.

En la llama voráz de amor ardiendo

Insensato no ví sus duros lazos ;

Solo ví puras vírgenes tendiendo

Con candor hácia mí sus tiernos brazos ;

En ellos disfruté de los placeres

Que este mundo de encantos me ofrecía ,

Y en sus jardines entre frescas flores

Al par del tiempo que veloz corría ,

Así ¡Dios de bondad! rudos volaron

Mis placeres, mis dichas, mis amores ,

Y la hiel del recuerdo me dejaron .

¡Volaron sí, cual volará mi vida!

Ora me resta el angustioso llanto ,

Pues miro la esperanza ya perdida

Y mis dichas tambien; murió el encanto

Que en tiempos mas felices me arro-

baba ,

Y dó tiendo la vista dolorida

Solo encuentran mis ojos

Lazos, suspiros, afliccion y abrojos .

En medio ¡oh Dios! de mi congoja fiera

Ví una muger como la luz hermosa ;

Su rubia cabellera

Flotaba en rizos por su blanca espalda ,

Y sus ojos divinos

En brillo al mismo sol aventajaban .

Yo la ofrecí mi corazon ardiente ;

Mostròse blanda à mi amoroso ruego ;

Y la estrella inclemente

Que otro tiempo tenáz me perseguía ,

Dejando al corazon su estivo fuego ,

Ante sus ojos se ocultò sombría .

¡Cuántas horas, gran Dios, pasé á su

lado

Contemplando sus gracias y hermosura

En la alfombra de un campo recostado

¡Cuántas, lleno de plácida ventura
Al ver su mano entre las manos mías
Frenético exclamé ¡mi bien! ¡te adoro!
Y el amoroso lloro
Que entonces resbalaba
Por mi encendido rostro ¿Quién diría
Que de su fin preludio me sería?
¡Y fuélo, sí! que fiebre destructora
Hundióla al punto en el mármoreo
lecho....

¡Ya el carmín sus megillas no colora...!
¡Ya no late su pecho!
Cárdena está su frente,
Y el fulgor de sus ojos estinguido...
¡Murió! ¡murió! cual fugitiva aurora
En aflicción dejándome sumido.

Solo el triste consuelo
De sus restos velar dejéme el cielo,
Y en noche silenciosa,
Al par que el viento zumba
Combatiendo del pino la alta copa,
Con lágrimas de amor regar su tumba.
A tanto padecer era insensible;
Las mugeres perdí que yo adoraba;

Mis padres, mis hermanos, mis amigos,
De mi llanto cruel fieles testigos
Todos desaparecieron,
Y ya me contemplaba
Cual viagero en país desconocido
Abandonado por la adversa suerte,
Llamando en valde á la anhelada
muerte.

En valde sí, la muerte destructora
No se apiadó del llanto que vertía,
Que el triste pecho que al pesar le adora
La encuentra siempre á sus clamores
fria.

Mas ven, muerte, á cortar los férreos
lazos

De mi existencia triste;

Ven á estrecharme entre tus yertos
brazos,

Que ya este mundo para mí no ecsiste.
¡Ay! sin tardanza ven..... cual ráudo
viento

Tus pasos acelera.....

Ven, muerte, ven, mi corazón te espera!

JUAN NEPOMUCENO JUSTINIANO.

FISIOLOGIA.

OBSERVACIONES

SOBRE EL SUPPLICIO DE LA GUILLOTINA.

Esta máquina, inventada, según se cree en Inglaterra en el siglo XVII, é importada en Francia durante su famosa revolución por Mr. Guillotin, cuyo nombre conserva, se adoptó por consideraciones de humanidad, creyendo que hacia menos penosa la muerte, causando poco ó ningún sufrimiento físico. Con el transcurso del tiempo, empero, se han modificado las opiniones entónces formadas, y no sabemos si la Francia,

que se encuentra al frente de la moderna civilización, es hoy día el país en que se dá la muerte de justicia con mas inhumanidad. Tal vez será la Guillotina un castigo muy cruel: y en esta duda propuso la Academia de las ciencias en 1833 se hiciesen investigaciones, bajo la dirección de los sabios Magendie, Flourens, Soemmering Castel y otros, cuya práctica en observar los fenómenos fisiológicos era muy conocida y recomendable. Magendie,

Flourens y algunos mas opinaron que la decapitacion no causaba sufrimiento fisico: Soemmering y Castel pensaban por el contrario que los decapitados sufrían no poco. Todos esponían opiniones, mas ó menos fundadas, pero estas no podrán recibir nunca la plena sancion de la esperiencia, y por tanto quedará en pié la duda. Hay sin embargo cierta fuerza esencial en algunas de las razones alegadas, que merece apreciarse en mucho. Los defensores de la decapitacion se apoyan en suposiciones: los impugnadores citan casos en que el sufrimiento se ha manifestado con señales visibles.

Si la muerte ménos cruel consiste en la mas pronta estincion de las sensaciones, puede presumirse que la Guillotina no ha correspondido á los deseos y esperanzas de los que la adoptaron, pues continúan por mucho tiempo en los guillotinos los estremecimientos del cuerpo, y aun tal vez las percepciones de los sentidos: ignorándose aun si el alma egerce despues de la decapitacion sus operaciones mentales.

Carlota Corday, que asesinó á Marat, fué guillotina en julio de 1793. El populacho de Paris, entusiasmado con las ideas revolucionarias, acudió tumultuariamente á presenciar la egecucion. Luego que la fatal cuchilla hubo separado la cabeza, la tomó el egecutor por los cabellos, la mostró á la multitud, y se propasó hasta darle una bofetada. En el semblante de la víctima se vió un jesto espresivo, de la mayor indignacion.

La llamada Heroína de la Vendée, acogida por el general Marceau, descubierta y condenada á muerte por Robespierre, muger de ánimo valeroso,

aunque con solos diez y siete años de edad, marchó al patíbulo con la mayor resolucion, llevando en la boca una rosa de mano. Cortada su cabeza, mantuvo la rosa entre los dientes, siendo visibles los esfuerzos que hacia para que no se le cayera, mientras el egecutor verificaba la manifestacion de costumbre.

Mathews, viagero instruido y Mouton, profesor de fisiología en Génova han escrito muchas observaciones hechas en las cabezas y troncos de reos condenados á la guillotina, y todas ofrecen fenómenos que inducen á una misma creencia.

Dos cabezas colocadas, un cuarto de hora despues de la egecucion, delante de una luz fuerte, cerraron los ojos instantáneamente, como si la luz ofendiese su vista.

En otra cabeza cuya lengua estaba asomada entre los labios, se hizo la experiencia de picarla con una aguja, y al instante fué retirada á lo interior de la boca, espresando en el rostro sensacion de dolor.

Un criminal, llamado Tillier, fué condenado á la guillotina. Recojióse su cabeza para examinarla; y colocada sobre una mesa, hacía repetidos movimientos como para volverse al lado donde se pronunciaba su nombre.

Los movimientos del cuerpo decapitado no han dado margen á tantas observaciones; pero ya se ha verificado incorporarse el tronco, ponerse en pié, y aun dar algunos pasos.

Pocos años hace guillotinaron en Abbeville á un criminal, cuyo cuerpo se pidió á la justicia por un cofrade de la hermandad que cuida de dar sepultura á los ajusticiados. Obtenido el permiso para que se lo entregasen, fué

con un ataud al sitio en que se había erijido el cadalso, y cuando estuvo terminada la ejecucion, colocaron en la caja el tronco, y clavaron la tapa. El que practicaba aquella obra de misericordia tomó en hombros la carga, y se dirigió al cementerio; pero ¡cual sería su sorpresa al sentir à muy corto rato que el tronco decapitado se revolvía dentro del ataud, ajitando pies y manos con fuertes sacudimientos!

A qué causa, pues, deberán atribuirse estos fenómenos, y otros muchos que sería prolijo referir? A la accion meramente maquina de los músculos, contestan algunos físicos; pero esta contestacion no satisface, porque nadie puede señalar el punto en que cesa la vida en el cuerpo, aun privado de todo movimiento, de pulso y de respiracion. ¿Quién se atreverá á asegurar que el alma vuela del cuerpo en el mismo instante en que se corta la ca-

beza? ¿Quién se atreverá à negar la posibilidad de que continúen por tiempo indeterminado en la cabeza las percepciones del oído y las de la vista, como tambien las ideas en el cerebro, y aun los sentimientos en la conciencia? Acaso muchas cabezas guillotinadas han intentado espresar sus sensaciones, pero al mover los labios no han podido articular, por la destruccion de los órganos de la voz. Y siendo esto así, qué agonías mentales sufrirán las cabezas guillotinadas! Si el alma racional reside en la cabeza ¿hay prueba que demuestre que debe abandonarla inmediatamente despues de separado el cuerpo? Y no abandonándola ¿quedará instantáneamente privada del uso de sus facultades intelectuales, pues para egercitarlas no necesita ni manos, ni pies, ni órganos de respiracion?

AL INVICTO ESPARTERO.

Tú, á quien la España agradecida aclama;
 Tú, que venciendo, sin igual te hiciste,
 Mil lauros venturosos adquiriste,
 Que con su trompa celebró la fama.

El magnánimo pueblo que te llama
Héroe sublime, y que á tu voz eciste,
 A tan grata emocion ya no resiste,
 Y cual un hijo á un padre, así te ama.

Recibe, pues, de mi temblante lira
 Un destello infeliz, harto mezquino;
 Que en el ardor sublime que me inspira,

Tener quisiera el plectro peregrino
 Con que cantaron *Píndaro* y *Homero*,
 Por cantar tu valor, grande ESPARTERO.

M. CAÑETE.

(TRADICION.)

I.

En la hermosa Andalucía, á orillas del caudaloso Guadalquivir, se encuentra Sevilla, corte que fué de Reyes, y ciudad, que tanto por su antigüedad, como por los famosos monumentos que posee, conserva un nombre justamente célebre en todo el mundo. Entre sus hermosas mugeres sobresalía por su apostura y gentileza la hija de un hidalgo de grande alcurnia. Llamábase Doña Beatriz de Frezneda, y su padre era en extremo amigo de D. Diego Tenorio, favorito del Rey D. Alfonso octavo. Eran sus ventanas el hito de las miradas de todos los jóvenes sevillanos, y por las noches, á la luz de la luna, que con tanto esplendor brilla en aquel suelo privilegiado, reuníanse al pié de sus balcones; y en dulces trovas la cantaban su amor, culpándola por su crudeza, y pidiéndole que fuese menos esquiva y rigurosa. Ella empero, permanecía insensible á las súplicas de sus numerosos apasionados; y querida de su padre y protegida por su hermano, joven de gran valor, y de un carácter caballeroso, como casi todos los de su época, se conservaba pura y sin tacha, disfrutando de una vida tranquila y deliciosa. Pero un acontecimiento inesperado vino á turbar la paz de esta familia: el padre de Beatriz murió, dejándola sumergida en el mas amargo sentimiento. D. Diego Tenorio fué uno de los que mas cuidaron de hacer las exequias al cadáver, y ayudado de su hijo D. Juan que acababa de llegar de Nápoles, mandó darle sepultura,

y procuró, por todos los medios que la amistad sugiere, consolar á los huérfanos hijos de su amigo. Para dar un conocimiento á nuestros lectores de los personajes que han de figurar en primer término en esta tradicion, no será en valde decir que D. Juan Tenorio, nuevamente introducido en ella, era de un carácter violento y arrebatado; hombre en fin, que se mofaba de cuanto el mundo encierra, y cuyos sentimientos, al mismo tiempo, eran elevados. La fama de sus hazañas amorosas, y de las conquistas y seducciones que en Nápoles habia hecho, era tal, que le pusieron por mote el forzador; palabra que daba á entender desde luego cual seria su condicion y su conducta respecto al bello sexo. Abandonaba hoy á la que ayer creía adorar ciegamente; y así de placer en placer, y de vicio en vicio, llegó á encontrar un vacío en cuanto le rodeaba, que en vano pretendia llenar. Beatriz, por lo contrario, era una joven tímida y llena de candor, cuya alma no habia probado aun el tósigo terrible de un amor impuro. Era una flor que el aura de la mañana habia halagado, y que se ostentaba con lozanía, pero que quizás al primer embate de un viento contrario, doblaria su cerviz, cayendo marchita y deshojada. Por otra parte, la venida de D. Juan Tenorio era un presagio siniestro para su dicha; pues este que creyó desde luego estar enamorado de ella, procuró declararla su amor, cuando su hermano se hallaba ausente, y vió, no

sin placer, que era correspondido. Los males que acarreó á la desgraciada huérfana el amor de un hombre tan inmoral como Tenorio, verálos el lector, cuando, siguiendo el hilo de esta tradicion, le demos cuenta de ellos en su debido lugar.

II.

—Oh! Aprisa, vive el cielo; marcha aprisa bellaco! parece que se han hecho tus pies de plomo; ¿no ves que estamos ya cerca de la casa de Beatriz? —Teneis razon, señor, pero yo no puedo andar con mas viveza. Tengo un dolor en la pierna izquierda que me impide ir tan de prisa como quisiera. Un silvido sonó en la calle, y el ruido de una puerta que se mueve sobre sus goznez para abrirse le siguió dando paso á una jóven seguida de una anciana criada, confidente fiel de sus amores. Uno de los dos que antes habrían, de hermosa fisonomía y talante caballeresco, se echó en brazos de la jóven que habia venido á su encuentro, diciéndole;—bien mio!.. qué, al fin te vuelvo á estrechar contra mi corazon! y entró en casa de Beatriz, donde pasó la mayor parte de la noche en amorosa plática, con la que creía amar ardientemente; llegaron por fin á la hora en que el dia, apareciendo en el oriente, empezaba á disipar las densas sombras de la noche, y la voz temblona y seca de la anciana les hizo salir de su seguida conversacion, anunciando azorada y llena de pavor que el hermano de Beatriz venia subiéndolo por la escalera; empero D. Juan Tenorio, cuyo ánimo esforzado le hacía cometer acciones demasiado temerarias las mas veces, exhortó á aquellas para que tuviesen serenidad, y se dispuso á recibir á Frezneda. Atónito quedó éste

al hallar en la habitacion de su hermana á un hombre, y precisamente Tenorio, de quien era fama, que respetaba poco el pudor de las doncellas. En el momento que apareció en la puerta echó mano á la daga, y D. Juan, poniéndose en guardia, esperó con cierta confianza que arremetiese su contrario. Beatriz en tanto pedía á su hermano con lágrimas en los ojos que suspendiese su furia; mientras que al pasar junto á D. Juan dijo furtivamente: »Vete; yo te amo siempre; esta noche á las doce te espero» y procurando calmar con sus ruegos la cólera de su hermano, despidió á Tenorio, que se marchó lleno de gozo por la cita que habia obtenido de su adorada, la cual puesta delante de Frezneda, le impedía llegar hasta él.

III.

Tres meses habian pasado desde la secreta entrevista de Tenorio y Beatriz, y ya esta sentía en su seno un peso fuerte, fruto de su pasion. La indiferencia ó hastío que se experimenta siempre aun de la cosa mas anhelada, una vez conseguida, se apoderó de D. Juan, hombre cruel y veleidoso hasta lo sumo y cuya alma, como ya hemos dicho, gastada por los placeres y por los gozes livianos, era muy susceptible de olvido, mucho mas de una persona á quien habia tratado poco tiempo. La vista de otra hermosa le deslumbró, y desde aquel momento huyó de su memoria cuanto, llevada de su pasion, habia hecho por él la desventurada Beatriz. Era la nueva amada de D. Juan (porque en el momento que la vió la amó) hija del comendador D. Gonzalo Ulloa, sugeto muy distinguido en la corte de Alfonso XI y grande amigo de D. Diego Tenorio, con cuyo hijo

tenia tratado casarla. La hermosura y candor que la distinguían, unidos á la edad de diez y siete años, y á un corazón bueno y desinteresado, formaban un conjunto estremadamente apreciable; y así es que no bien la presentó su padre en el mundo, multitud de jóvenes la siguieron, procurando por todos los medios posibles atraerse el amor de tan inocente criatura. Pero D^a Ana recibía con frialdad las muestras de aprecio de sus apasionados, y ninguno de ellos había logrado despertar en su corazón el sentimiento del amor, de esa pasión terrible que una vez declarada todo lo allana, y para la cual no hay límites ni barreras en esta vida.

Una mañana (el cielo estaba cubierto de pardas nubes y una lluvia fuerte caía formando un compas monótono y triste) entró un caballero en casa de Ulloa seguido de su criado, y preguntó por el comendador; respondióle que no estaba, y una joven de esbelto talle, de ojos negros y espresivos, y de un semblante risueño y afectuoso salió á hacer los honores de la casa á el que se dignaba honrarla con su presencia. Sus ojos se encontraron, al saludar, con los del galán; su alma sintió una emoción desconocida hasta entonces para ella; sus mejillas se cubrieron de un color sonrosado, dejando escapar su boca un «ah!» de admiración; parecía que una chispa eléctrica había puesto en conmoción aquella máquina. Mirábanse furtivamente los dos jóvenes, y mas de una vez se dijeron con la vista «yo te amo; nuestras almas han nacido la una para la otra;» eran las miradas de Doña Ana lánguidas y espresivas, al paso que las del galán ardientes y abrazadoras; en

fin, después de un largo rato de silencio, en el que la vista habló mas expresivamente que hubiera podido hacerlo la boca, anunciaron la llegada del Comendador. Puso esta en conmoción á los forasteros, (que tal parecían los caballeros que poco ántes habían llegado), y saliendo al encuentro de D. Gonzalo el mas joven de los dos, le estrecho entre sus brazos, diciendo.

-Bien venido D. Gonzalo; ¡cuánto placer experimento en este instante al hallarme en vuestra casa al lado de vuestra hija mi esposa prometida!-Estreñó el Comendador este razonamiento en una persona que no conocía, y dióselo á entender al forastero que de aquel modo se presentaba en su casa, suplicándole le dijese su nombre y condición. Accedió éste gustoso al deseo de Ulloa, y dijo: -Yo soy D. Juan Tenorio, hijo de D. Diego Tenorio, y prometido esposo de Doña Ana. Si el amor que le profeso es correspondido; si colma mi dicha con una palabra amorosa, si pronuncia un «sí» que tanto anhelo, los ángeles envidiarán mi ventura.-Grande fué el gozo que experimentó D. Gonzalo al saber la venida de su yerno, (que D. Diego le había ocultado por asuntos particulares) y al momento le demostró con palabras y con obras el aprecio que le merecía la persona de un caballero que llevaba el apellido de Tenorio, y cuya gallardía y gentileza se atraían la atención, no solo de las mujeres, sino aun de los hombres, que lo miraban con envidia. Doña Ana, que enamorada de D. Juan desde el momento que le vió había callado temerosa la oculta llama que la consumía, dió rienda suelta á la pasión que abrigaba, y declaró á Tenorio que su amor era corres-

pondido : entregàronse , pues , á las que los dos jòvenes se profesaban.
mas gratas efusiones ambos amantes,
y D. Gonzalo veía con placer el amor

(Se continuará.)

M. CAÑETE.

SUEÑO.

Yo ví á Celia de mañana
En un florido pensíl
Bella, risueña y galana ;
Era naciente el Abril
Y el cielo de plata y grana.
Rosada aurora de amor
Daba á los seres colores,
Dábalas vida y dolor;
Y la fragancia y vigor
Daba céfiro á las flores.
Al desaparecer el velo
Ceniciento, vi yo el día
Seren y bello su cielo,
Y á Febo tambien yo vía
Que humilde besaba el suelo.
Y la hija de Hiperión
Sus caballos detenía,
Cuando al ocaso corría;
Y el campo en toda estension
De brillantes lo rocía.
Entonces ví saludaron
A la Ericíña hermosura,
Y en sus ródios caminaron,
Y ruisenores cantaron
Sus gracias por esa altura.
De blanca nieve y carmin,
De esbelto y de lindo talle,
Es ángel , ó serafín;
Es Citerea del valle,
Divinidad del confin.

Al verla el pastor Fileno,
Su lira luego tañó:
Ella hermosa le escuchò;
Mas ya ese tiempo sereno
Con Celia desapareció.
Y le ha quedado en su pecho
Un recuerdo doloroso,
Que le priva de reposo,
Y en delirante despecho
Llora aquel tiempo dichoso.
¿No ves el jardín florido
Qué engalanado se ostenta,
Y luego recia tormenta
De huracan embravecido
Que lo desdora y se ausenta?
En tal suerte Celia bella
Al pastor se apareció,
Y de pasion le abrasó
Cual eléctrica centella
Que hiriendo se disipó.
De entónces el desdichado
Abandonando su lira,
De ardiente fiebre llevado,
En amor desventurado
Cede á su dolor y espira.
Pero no : que ha sido un sueño
Que ora llevo á recordar;
Y vuelto ya del ensueño,
Si algo tuvo de halagueño
Se ha borrado al despertar.
F. C.

VARIEDADES.

Policreto , célebre escultor, hizo á un tiempo dos estátuas guardó una,

y espuso la otra al público. Escondióse en un lugar, desde donde, sin ser visto, pudiera oír el parecer de los críticos. Luego que estos se hubieron retirado, comenzó á quitar los defectos que, á juicio de aquellos, tenía la estatua. Asi que la creyó en estado de agradar á todo el mundo, la presenta de nuevo al público juntamente con la primera. Esta mereció los aplausos de la concurrencia, que á la vez se burlaba de la otra.—«Señores, dijo entonces *Policroto*, extraño mucho que admireis mi obra, y os moféis sin compasion de la vuestra.

—Hallándose un dia *Carlos V*, muy próximo á la boca de un cañon, oye la voz de un capitan que le dice.—«Señor, no espongaís asi vuestra persona.—«Por qué nó, le respondió; las balas nunca se atrevieron á los emperadores.»

—Decían algunos á *Luis XII*, cuando hacia la guerra á los venecianos, que los enemigos se habian apoderado ya del único terreno que le quedaba. «¿En donde acamparemos, señor?, le preguntaba un grande de su corte.—«Sobre sus entrañas, respondió el Rey.»

—Se esforzaba un médico en demostrar á *Fontenelle*, que el café es un veneno lento.—«Ah!... y tan lento, Doctor; como que ha mas de ochenta

años que lo gasto, y todavia no me he muerto.

—Un hombre de la hez del pueblo, insolente y pendenciero, tomó por su cuenta el insultar á *Pericles*, ilustre y poderoso ateniense de su siglo: viéndolo un dia en la plaza pública, pronunció mil y mil injurias contra él. Ningun caso hizo de esto *Pericles*; antes bien despachó tranquilamente sus negocios, y partió sin irritarse de aquel sitio. El atrevido burlon, que no tenía mucha prisa, persiguió al virtuoso ciudadano, ultrajándole sin cesar, hasta bien entrada la noche. Luego que llegó *Pericles* á su palacio dijo (por única venganza) á uno de sus esclavos: «Toma un hachon, y acompaña á el buen hombre hasta su casa.»

—Leon de Bizancio, célebre sofista, subió en cierta ocasion á la tribuna para exortar á los Atenienses á la paz y á la concordia. Como tuviese un abdomen escesivamente grueso, el pueblo no podia contener la risa. El orador no por esto titubeó, «Atenienses, les dice, ¿á qué vienen esas carcajadas? Si esto es por mí, ¿qué sucedería si viesen el vientre de mi mujer mucho, mas voluminoso que el mio? Sin embargo, así como somos, cuando estamos en paz, basta una sola cama para entrambos; pero cuando llegamos á reñir, apenas cabemos en la casa.»

(T)

ÍNDICE.—Estudio de matemáticas; artículo tercero y último.—El desgraciado; poesía.—Fisiología; observaciones sobre el suplicio de la guillotina.—Al invicto ESPARTERO; soneto.—No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague; tradicion.—Sueño; poesía.—Variedades.

Impresor y Editor, F. ALVAREZ.

IMPRENTA DE LA AUREOLA,
CALLE DE SAN PEDRO, NUMERO 116.